

780.000 y 900.000 jugadores en aquel momento afiliados a la FA. Según ésta, se produjo un incremento del 60% en la afiliación de mujeres a los clubes femeninos entre 1971 y 1991. Sólo un 10% de estos clubes se han asociado con sus homólogos para hombres (FA, 1991: 65).

En contra de estas cifras, la FA registró un declive del 70% en las oportunidades de jugar al fútbol en las escuelas en 1984 y 1985 y, junto con esto, un aumento de aproximadamente el 500% en el número de clubes independientes para jóvenes de entre 9 y 16 años sin afiliación a escuela alguna. Según la FA, con estos últimos clubes se asociaba una «indisciplina parental alta» (FA, 1991: 64). Nos encontramos aquí con la constitución de un «protohooliganismo» en el que es urgente ahondar.

Por lo que al fútbol profesional se refiere y a pesar de la tendencia general al aumento de la asistencia de público a los partidos y al creciente aumento de los ingresos por patrocinio y televisión, las finanzas de un gran número de clubes profesionales británicos, quizá la mayoría, siguen en un estado lamentable. En junio de 1991, la FA (inglesa) publicó lo que llamó un *Anteproyecto para el futuro del fútbol* donde la recomendación principal fue que se formara una *Premier League*, compuesta por los clubes de la antigua First Division y administrada por la FA en vez de por la *Football League*. Patrocinada por la empresa de bebidas alcohólicas Carling y habiendo llegado a un contrato lucrativo con la compañía de televisión por satélite BSkyB, la *Premier League* de la FA se inauguró en 1992. Pronto quedó claro que uno de los principales efectos de esta reestructuración era que permitía a los principales clubes ingleses competir de forma más eficaz de lo que había sido en los años ochenta contra los gigantes de Italia y España para contratar a los mejores jugadores.

De esta forma, la tendencia inicial de que la *Football League* se convirtiera en un exportador de estrellas y, posiblemente, junto con esta «fuga de talentos», se quedara relegada al estatus de una «liga canterana» para los colosos del fútbol del sur de Europa, parece haberse parado al menos temporalmente. Con los fichajes por parte de los clubes ingleses durante los años siguientes a la inauguración de la Liga de Campeones de jugadores continentales tan notables como Bergkamp, Cantona, Ginola, Klinsmann, de Matteo, Vialli y Zola, a veces en las propias narices de otros clubes españoles o italianos, la tendencia inicial puede que se haya invertido. El regreso de Italia de jugadores ingleses como Platt y Gascoigne apunta en la misma dirección.

Es probable que muchos fans ingleses consideren que tal inversión de la «fuga de talentos» es positiva. Sin embargo, hay otra consecuencia probable de la formación de la *Premier League* que difícilmente se verá con tan buenos ojos. Me refiero a la reestructuración global del fútbol profesional inglés, donde muchos clubes de las divisiones inferiores de la *Football League* se han visto obligados a recurrir al empleo, única o principalmente, de profesionales a tiempo par-

punto, es posible que aumente la incidencia de la rivalidad hostil dentro y entre los equipos; es decir, es probable que el juego se transforme y pase de ser la pantomima de una batalla a otra «real», y es posible que los jugadores transgredan las reglas y cometan actos de juego «sucio». Una vez más, según el grado en que los espectadores se sientan identificados con los equipos que apoyan, tendrán menos capacidad para asumir las derrotas con ecuanimidad y tal vez respondan tratando de afectar el resultado de la competición, por ejemplo, gritando a favor de su equipo y contra el contrario. Una vez alcanzado cierto grado, tal vez traten de interferir directamente en el juego o incluso invadan el área de juego para intentar asegurar la suspensión del partido. En ese punto es probable que entren en juego las autoridades deportivas, las personas con intereses comerciales y las autoridades públicas.

Las formas deportivas que se desarrollaron en Inglaterra durante los siglos XVIII y XIX llegaron a alcanzar un equilibrio relativamente estable entre estas polaridades. Por supuesto, se necesitarán nuevos estudios que establezcan el cómo y el porqué. Sin embargo, para lo que aquí nos interesa, basta con sugerir que es este equilibrio lo que importa para su supervivencia durante más de cien años y su difusión global sin apenas cambios. Suele argüirse que los procesos de globalización y comercialización de los deportes que se produce en la actualidad son una amenaza para su estructura básica, pero es dudoso.

La estructura básica de los deportes modernos parece conferirles un alto grado de autonomía relativa. Son «invenciones colectivas» y exitosas en el sentido de que, de vez en cuando, proporcionan a la gente emociones placenteras sin generar aburrimiento ni degenerar en una violencia excesiva. Es decir, se ajustan al carácter de los tiempos, a personas como nosotros y que, según sugiere Elias, futuros historiadores podrían calificar de «bárbaros tardíos», o sea, personas que están lejos de alcanzar el *«pináculo del autocontrol civilizado»* (Elias, 1991b).

1581	Londres
1594	Shrewsbury
1608	Manchester
1609	Manchester
1615	Londres
1655	Manchester
1660	Bristol
1666	Manchester
1667	Manchester

Fuentes. Magoun (1938), Marples (1954) y Young (1968).

Nota. Eran las autoridades locales, más que las estatales, las responsables de estas prohibiciones cuando no se incluye el nombre del monarca en el trono.

El estatuto de 1496 de Enrique VII fue vuelto a promulgar varias veces durante el reinado de Enrique VIII (1509-1547), el último monarca inglés que promulgó esta legislación. Sin embargo, permaneció en el libro de estatutos hasta 1845 bajo el título de «*Ley para mantener la artillería y prohibir juegos ilegales*» (Marples, 1954: 43).

La prohibición de 1314 y la dictada por Eduardo III en 1365 muestran las razones principales por las que las autoridades querían prohibir el fútbol y juegos parecidos. La orden de 1314 la dictó, en nombre de Eduardo II, el alcalde de Londres refiriéndose a «*grandes alborotos en la ciudad, por el tumulto causado por el fútbol en los campos públicos de los cuales se derivan grandes percances*». Su intención, «*en nombre del rey*», era prohibir el juego «*bajo pena de prisión*» (Marples, 1954: 439-441). La prohibición de Eduardo III tenía relación con la creencia de que practicar juegos como el fútbol ejercía efectos adversos sobre la preparación militar. Es significativo que fuera la época de la Guerra de los Cien Años, que estalló en 1338 y durante la cual los reyes francés e inglés contendieron por las posesiones francesas del monarca inglés. Esta guerra fue decisiva para la formación inicial de los Estados-naciones de Inglaterra y Francia. La prohibición de 1365 dice así:

A los sheriffs de Londres. Orden de proclamar que todo hombre capaz de la dicha ciudad durante los días de fiesta y dejar de asueto se dedique al deporte del arco y las flechas o pelotas y cuadrillos... dejar bajo pena de prisión por implicarse en arrojar piedras, lascas y adoquines, juegos de pelota con la mano o el pie... u otros juegos vanos o sin valor; ya que el pueblo del reino... solía practicar el dicho arte cuando la ayuda de Dios vino a dar honor al reino y ventaja al rey en sus acciones de guerra; y ahora el dicho

mania. Y, si tenemos presente la obra de Elias sobre los alemanes, intenta comprender cómo y por qué Alemania siguió la trayectoria que siguió hasta 1945 en una dirección barbarizante que se tradujo en el nazismo y el holocausto (Elias, 1996). Todavía no se ha estudiado si esta teoría es aplicable, y en qué medida, a las sociedades no occidentales y distintas a las que analizó Elias. Incluso por lo que concierne a Gran Bretaña, Francia y Alemania, hay que probar y refinar los hallazgos de Elias y adentrarse en áreas de la vida social que no dejó sin abordar.

No es posible ni necesario en este contexto especificar con detalle todo el espectro de los desarrollos factuales que Elias consideró constituyentes del proceso civilizador occidental. Basta con subrayar que tenía claro el hecho de que, al igual que con los desarrollos sociales más en general, se había basado en la transmisión intergeneracional de experiencias aprendidas. De ahí que sea reversible. De hecho, es útil pensar que la teoría de Elias opera en dos niveles distintos pero interrelacionados. Por una parte, implica una generalización empírica sobre la trayectoria global de la estructura de la personalidad, la formación de hábitos y las normas sociales de las sociedades de Europa occidental desde la Edad Media hasta comienzos del siglo XX. Por otra, implica la hipótesis de una conexión entre lo que Elias trataba de establecer como una trayectoria civilizadora demostrable empíricamente en los niveles de la personalidad, hábitos y normas, y una tendencia igualmente demostrable hacia formas más eficaces de centralización y control del Estado.

Más en concreto, los datos cronológicos seriados de Elias sobre lo que él llamaba convencionalmente el nivel microsociedad o normativo-behaviorista —su prueba principal procedía de los libros de buenos modales— revelan una tendencia dominante que, a pesar de las variaciones en la velocidad y en los reveses temporales, continuó durante largos períodos en la dirección de: la elaboración y refinamiento de los modales y las normas de comportamiento exigidas por la sociedad; el aumento de la presión social para que las personas ejercieran un autocontrol sobre sentimientos y comportamiento, es decir, respecto a todos los aspectos de las funciones corporales en un número cada vez mayor de situaciones sociales; una inclinación en el equilibrio siempre necesario socialmente entre las constricciones externas e internas a favor de estas últimas; un umbral más elevado de repugnancia sobre funciones corporales como la comida, la bebida, la defecación, la micción, las relaciones sexuales y el sueño, un proceso donde estas funciones y órganos corporales relacionados se volvieron cada vez más tabú y cargados de ansiedad, embarazo, culpabilidad y vergüenza; un umbral más elevado de repugnancia sobre los actos violentos (fuera como actores o como testigos), y, como corolario de este umbral más elevado de repugnancia, una tendencia a dejar la violencia y a actuar en conexión con las funciones biológicas cada vez más «detrás de bastidores». Ejemplos de ello son el abandono de las ejecuciones públicas y el confinamiento de las relaciones se-

tercados que se produjeron en Detroit después de la final de la Serie Mundial de 1984 y donde se halló que los actos no habían sido protagonizados por los fans de béisbol, sino por lo que definieron como «chicos de la calle» (William, 1986: 8). Como en la investigación no se menciona que los «chicos de la calle» fueran en busca de los fans del equipo contrario ni asistieran al partido, parece que los altercados de Detroit de 1984 sólo recuerdan superficialmente el hooliganismo futbolístico «al estilo inglés». Los «chicos de la calle» se aprovecharon presumiblemente de un «altercado celebrático» para robar, saquear y atracar.

Que los saqueos son un rasgo afín a los desórdenes deportivos norteamericanos se deduce de lo que el alcalde Daley dijo al comentar los desórdenes de Chicago en junio de 1992: «*Cuando la gente tiene una excusa para practicar saqueos, lo hace*» (*Chicago Herald*, 16 de junio de 1992).

Que a veces hay cierto grado de premeditación, coordinación y planificación lo confirma un informe sobre los desórdenes de Montreal en 1993 donde se habla de «*grupos organizados de saqueadores que aprovecharon la celebración de la Stanley Cup como pantalla para sus actividades*» (*Globe and Mail*, 12 de octubre de 1993). Al comentar los altercados de Vancouver de 1994, un periodista escribió en el mismo periódico: «*La policía confirma que los saqueadores más activos llevaban teléfonos celulares para avisarse sobre los mejores sitios para robar, pero niegan que el caos fuera dirigido por criminales*» (*Globe and Mail*, 3 de noviembre de 1994).

Esto confirma el grado de organización en tales altercados, pero sugiere, al contrario de la creencia tan extendida en Norteamérica, que no hay implicada una conspiración criminal. Los saqueos también forman parte del hooliganismo en el fútbol inglés; sin embargo, las similitudes entre éstos y los altercados celebráticos de Norteamérica parecen acabarse aquí. Vale la pena estudiar por qué no han surgido en el deporte norteamericano desórdenes del público tipo hooligan con cierto grado de importancia.

En común con otras sociedades industriales de Occidente, Estados Unidos y Canadá cuentan con deportes potenciados por la publicidad y con un público masivo, algunos de los cuales, en especial el béisbol, el fútbol americano y el hockey sobre hielo, tienen un pronunciado grado de machismo. Estados Unidos también cuenta con una tradición arraigada de bandas callejeras, y la norma dominante de la masculinidad —la imagen de John Wayne— acentúa la importancia de saber luchar y defenderse. ¿Por qué, pues, no surgen desórdenes entre el público deportivo similares al hooliganismo en el fútbol? Sólo estudios sistemáticos pueden dar una respuesta definitiva a esta pregunta. No obstante, es posible especular sobre posibles razones. El estudio de Listiak y sus colaboradores parece proporcionar algunas claves.

Listiak y sus colaboradores hablan del ambiente cargado en los bares de clase media de Hamilton durante el partido de 1976 de la Grey Cup. Por el con-

La marginación social del deporte y el estudio del género

Probablemente y en gran parte debido a su marginación como tema de la teorización e investigación sociológicas (ver la introducción al presente libro), los deportes no figuran como objetivo central de muchos de los textos convencionales que abordan la temática sobre el género recientemente publicados (Oakley, 1985; Walby, 1990; Davis y cols., 1991)².

Incluso cuando se menciona, el deporte suele considerarse un tema marginal y no un ámbito importante en la producción y expresión de las identidades de género (Hearn, 1987; Brittan, 1989). Como hasta hoy el deporte ha sido predominantemente masculino, no ha sido muy habitual encontrar libros orientados a la mujer. Sin embargo, sorprende el creciente número de obras convencionales que tienen por tema principal la producción social de la masculinidad (Seidler, 1992; Morgan, 1992).³

De la forma en que Brittan aborda el tema se deduce por qué se ha marginado el deporte en los intentos por comprender la producción social de la masculinidad. En *Masculinity and Power* escribe:

Tal vez la imagen más popular de la masculinidad en la conciencia diaria sea la del hombre heroico, cazador, competidor, conquistador. Ciertamente es la imagen ensalzada por la literatura, el arte y los medios de comunicación occidentales.

En cierto sentido, la creencia en el hombre cazador o héroe parecería no tener sus cimientos en el mundo actual en que el viven la mayoría de los hombres. Éstos disponen de muy pocas ocasiones para ser héroes, excepto como afición o deporte. El hombre cazador se ha transformado en el hombre que gana su jornal. Las oportunidades para el heroísmo sólo surgen en el campo del deporte, no en el bosque en una enconada búsqueda de alimentos para la tribu.

(Brittan, 1989: 77)

Brittan identifica correctamente el deporte con una de las fuentes generadoras de «la imagen de héroe» entre los hombres. Sin embargo, al agruparlo con los pasatiempos y al conceptualizarlo fuera del mundo de hoy, lo relega a un estatus periférico en comparación con lo que claramente considera el centro principal de producción y reproducción de la masculinidad en las sociedades actuales: el papel del hombre que gana un sueldo, es decir, el trabajo.

Dos son por lo menos las consecuencias negativas: primero, Brittan no tiene en cuenta el paro masculino de larga duración en los países occidentales ni el creciente número de mujeres que, por elección, obligación o una combinación de ambos factores, ganan un sueldo; segundo —y más importantes por lo

petición anual de la federación inglesa de fútbol a la UEFA para que readmitiera a los clubes ingleses en las competiciones europeas, después de la prohibición impuesta por la tragedia de Heysel. Una consecuencia de estas dos decisiones políticas fue que la incidencia del hooliganismo, sobre todo en el ámbito doméstico de Inglaterra, resultó menos «noticiable» y, por lo tanto, apareció con menos frecuencia en los periódicos, sobre todo entre los medios de comunicación nacionales.

Es decir, los medios de comunicación ingleses perdieron dos razones que habían tenido durante la segunda mitad de la década de 1980 para centrarse con regularidad en el público del fútbol y en su comportamiento: el interés generado por los debates sobre la Declaración sobre los Espectadores de Fútbol y el interés despertado por los intentos de la Federación inglesa para que los clubes ingleses fueran readmitidos en las competiciones europeas. Otros tres factores contribuyeron en el mismo sentido: «el factor de bienestar» generado por la actuación inesperada de la selección inglesa en Italia 90 y el que recibiera de la FIFA el trofeo al juego limpio; el sentimiento de autocomplacencia experimentado en las altas esferas del fútbol inglés por el programa de renovación de los estadios iniciado a remolque de las recomendaciones del Informe Taylor (en este sentido, prosperó la idea de que los nuevos estadios con asientos ayudarían a «civilizar» a los hooligans), y probablemente la importancia similar para la despolitización del hooliganismo, el intento de las autoridades futbolísticas y los miembros de la «nueva clase social de propietarios» de clubes de la primera división por potenciar una imagen «inocua» del fútbol inglés, de deporte «para la familia» que había dejado atrás la etapa de los hooligans.

Las delegaciones del Estado también han participado en este proceso de manipulación de la imagen, en especial después de 1996 cuando, al alimón con la federación inglesa, tanto los gobiernos de Major como de Blair se implicaron en el intento de que los Mundiales de 2006 se celebrasen en Inglaterra.¹

Vale la pena tener en cuenta dos de los razonamientos académicos que aceptaban el mito del hooliganismo del fútbol inglés y que han desaparecido. El primero se debe a Ian Taylor. En 1991 aludió a lo que él denominó la «*ausencia extraordinaria de manifestaciones del hooliganismo u otros incidentes desagradables en los campos de fútbol ingleses durante la temporada 1990-1991*». «*Se está produciendo un cambio sorprendente*—prosigue el autor— *en el panorama cultural de algunas gradas de los campos [de Inglaterra]*», y él atribuye este proceso a la confluencia del «*despliegue televisivo de la BBC*» en Italia 90 y a la eliminación de las vallas de perímetro de muchos campos en respuesta al Informe Taylor. La eliminación de las «*jaulas*» redujo la frecuencia de las respuestas «*animales*» de los fans y esto interactuó con el despliegue de los Mundiales de 1990, durante los cuales, argumenta Taylor, «*la ópera de Pavarotti se fundió etéreamente en un despliegue poético de fútbol europeo*», generando un énfasis marcado por el «*esti-*

del deporte. El deporte competitivo es apenas más «moderno» que, digamos, la caza, la lucha, los bailes, el canto y las relaciones sexuales. A pesar de los cambios que ha experimentado el deporte a lo largo de los siglos, la misma urgencia psicosocial ha seguido formando su base. Sin embargo, por encima del deseo y el placer de los juegos competitivos, de vez en cuando debió de haber aspectos comunitarios, religiosos y comerciales, la fibra íntima de la lucha personal, la búsqueda del éxito y la satisfacción –aun a costa de grandes esfuerzos– que han formado parte de su esencia. Y puede existir vicariamente en los espectadores y jugadores.

(Brailsford, 1991: 160)

La referencia de Brailsford a una «esencia eterna y básica» del deporte es muy burda e implica un juicio erróneo del equilibrio entre la continuidad y el cambio en el desarrollo del deporte moderno. Tan sólo es capaz de imbuir algunos de sus argumentos esencialistas: primero, arguyendo un alto nivel de generalización; segundo, afirmando la existencia de una «urgencia psicosocial» que, según él, ha permanecido inmutable a lo largo de los siglos, y tercero, hablando de «juegos competitivos» y la «búsqueda del éxito y la satisfacción» como elementos recurrentes de los deportes de todas las sociedades y eras. Este argumento es tan general que es casi tautológico. De hecho, resulta más útil ver en los deportes modernos no sólo rasgos específicos señalados ya por Guttmann (1978), es decir, una orientación hacia el establecimiento y superación de récords, además de niveles más altos de racionalización, estandarización, secularización, especialización y cuantificación de lo que eran características de sus antecedentes, sino también ciertas características que se interpretan mejor como pruebas de un «proceso civilizador». En este sentido es importante: primero, los conceptos de «juego limpio»; segundo, los controles de la violencia que son potencialmente «civilizadores», aunque puedan infringirse, saltarse o caer en desuso, y tercero, las actitudes y el empleo del espacio y el tiempo propios de la modernidad y que no hubieran sido posibles de no haber sido por la evolución del conocimiento y la tecnología.

Las formulaciones de Brailsford no son sólo cuestionables por lo que se refiere a su conceptualización del equilibrio entre continuidad y cambio en el desarrollo del deporte moderno. Su concepto de tiempo también es discutible. «Es –dice él– la caída de las barreras del tiempo lo que ha hecho del mundo del deporte moderno una posibilidad. El deporte ha conquistado el calendario que lo confinaba en el pasado, y ahora puede invadir todas las horas del día del año» (Brailsford, 1991: XI). Tal vez Brailsford piense que es metafórico en este pasaje, pero está muy cerca de lo metafísico. Es decir, la implicación de lo que él dice es que no son los seres humanos los que han dado lugar al mundo del deporte moderno, sino que se ha tratado de un proceso impersonal que ha supuesto «la caída de

debate sino también más teorización e investigación sobre la producción y consumo de fútbol de lo que se ha hecho hasta ahora. Si tal programa se materializa y si el precedente pasado se repite, apuesto a que los sociólogos marxistas y figuracionales estarán a la cabeza del proceso.

Postdata

Al llegar al poder en 1997, una de las primeras cosas que hizo el gobierno del nuevo partido laborista fue poner en marcha un «Comité dedicado al fútbol» dirigido por el antiguo ministro conservador David Mellor y formado por el ministro de deporte Tony Banks, el jefe ejecutivo de la FA Graham Kelly, dos representantes del Football Trust y uno de la FSA. No hay duda sobre la sinceridad de sus miembros ni el deseo de conseguir una situación mejor para los aficionados de fútbol. Sin embargo, abrigo dudas de que tuvieran poder o visión para conseguir algo significativo. Con los datos de que disponemos, lo que parecen estar consiguiendo es cierto tipo de «estatuto de los aficionados», un equivalente futbolístico del ineficaz «estatuto de los ciudadanos» que se puso en acción con John Mayor. Tampoco parece que su conocimiento de los temas cruciales sobre el fútbol fuera particularmente profundo.

Al hablar en Leicester en enero de 1998, Tony Banks mostró una oposición implacable a la reintroducción de áreas limitadas de gradas sin asiento en la *Premier League* y en la *First Division* sobre la base de la afirmación dicotómica de que estar sentado es seguro *per se* y las gradas sin asientos son peligrosas. No parece haberse dado cuenta —ni los funcionarios que le asesoran— de que eso depende de los tipos de asientos, de los tipos de gradas abiertas, de la densidad permitida de aficionados y, por encima de todo, de las normas de comportamiento que adopten los fans. Los fans que se comprometen a estar de pie son un peligro para sí mismos y para los que están en localidades de asiento, sobre todo si las últimas son poco sólidas.

En Leicester, varios miembros del Comité mostraron una fuerte oposición al racismo en el fútbol y se mostraron igualmente vehementes en la condena de los clubes que no destinan parte de los beneficios obtenidos con la televisión a bajar los precios de las entradas, beneficiando así a los fans. Sin embargo, el ultraje moral de los miembros del Comité no parece que estuviera marcado por un diagnóstico sociológico adecuado. Por encima de todo, parecían desconocer el grado en que no sólo los clubes, sino también los jugadores de elite, administradores y agentes se estaban beneficiando, legal e ilegalmente, de la explotación de los aficionados normales.

El fútbol en Gran Bretaña —lo mismo que en todos los deportes de elite del mundo— está en una situación que Durkheim (1964) habría llamado «anomia

bajo presión, los sociólogos figuracionales insisten en que su trabajo es más «objetivamente adecuado» que las teorías rivales. Por el término «objetivamente adecuado» se entiende que las proposiciones de la sociología figuracional se corresponden más con los hechos observables del deporte y el ocio que las teorías rivales en este campo. Pocas palabras en la lengua inglesa tienen ahora el mismo peso que «objetividad». Al insistir en la superior «adecuación al objeto», los sociólogos figuracionales dan a entender que las formas de sociología que se preocupan por las impresiones y experiencias son menos valiosas... Lo que hay que resaltar aquí es que, al afirmar que son objetivamente adecuados, los sociólogos figuracionales no consiguen ser suficientemente reflexivos sobre sus propios métodos.

(Rojek, 1995: 54-55)

Los sociólogos figuracionales no hacen tales afirmaciones. Ni tampoco términos como «objetividad» ni «objetivamente adecuado» aparecen en nuestro vocabulario. Concebimos la adquisición de conocimientos como un proceso conflictivo y se evita lo que podría llamarse el «apresurado arreglo» político/ideológico o filosófico. Subrayamos la necesidad de realizar una investigación guiada por una teoría, y de alejarse de lo que parece haberse convertido en una tendencia general en la sociología de los últimos años a vivir parasitariamente del trabajo de otros, sobre todo del de los últimos filósofos que han llegado a considerarse «tendenciosos», aunque evitando una investigación primaria.

Nuestra intención es desarrollar mediante una investigación representaciones más «adecuadas al objeto» o «congruentes con la realidad», es decir, representaciones que sean más «adecuadas» a los «objetos» empíricamente observables o más «congruentes» con cierto aspecto o aspectos de la «realidad» que es el caso de los conceptos existentes. Procedemos a esta tarea buscando que nuestra investigación sea tan «imparcial» como sea posible. Sin embargo, aunque nuestro *objetivo* en esta conexión sea, por medio de un «desvío a través de la imparcialidad» (Elias, 1987), comprobar momentáneamente nuestros sentimientos para añadirlos a la suma de conocimientos «congruentes con la realidad», no *afirmamos* ni *insistimos* en que hayamos generado tal conocimiento. Más bien llevamos nuestro trabajo a la palestra sociológica con la esperanza de que otros lo sometan a debate, luchan por entenderlo y, por encima de todo, lo prueben con nuevas investigaciones.

Conclusión

En este capítulo he sugerido que el enfoque sociológico/figuracional de los procesos para el estudio del deporte y el ocio presenta ciertas ventajas respecto

Estos juegos tal vez tuvieran nombres distintos porque se jugaban con distintos complementos. Por ejemplo, el «knappan» era un disco de madera. La «botella» del juego de Hallaton era un barrilillo de madera. Igualmente, las referencias al *football* en algunas crónicas antiguas parecen referirse más a un tipo de pelota que a un tipo de juego. Por tanto, la prohibición del *football* en Manchester en 1608 hacía referencia a jugar «con una pella o bola» más que a «jugar a la pella» (Dunning y Sheard, 1979: 22). Por lo que se sabe a ciencia cierta, el tipo de pelota al que se daba este nombre era una vejiga inflada, por lo general pero no siempre envuelta en cuero. Las pelotas de este tipo eran mejores para darles patadas que las pelotas sólidas y más pequeñas. Esto pudo explicar el nombre de «football». Por otra parte, el término pudo haber significado un juego que se practicaba *a pie* en oposición a los practicados a caballo. No obstante, sería erróneo asumir que en los juegos populares llamados «football» la pelota siempre se impulsaba con el pie, o, por el contrario, que en los juegos llamados «hurling» o «balonmano» la pelota sólo se impulsaba con la mano. Esto se debe a que las prohibiciones de estos juegos populares se definían con menos claridad y se aplicaban con menos rigidez que en los deportes modernos.

Estos juegos se asociaban tradicionalmente con fiestas religiosas como Carnestolendas, Semana Santa y Navidad. Sin embargo, también se jugaban en otoño, invierno y primavera. El juego se desarrollaba en el campo o por las calles de los pueblos y a menudo participaban hombres y mujeres. Cada uno jugaba como miembro de un grupo específico —por ejemplo Hallaton contra Medbourne, los «Bros» contra los «Blaenaus», zapateros contra lenceros, solteros contra casados, solteras contra casadas—, más que como miembro de un club al que uno se ha unido voluntariamente y donde la primera razón de estar juntos es jugar al fútbol. En estos juegos populares, la identidad comunal tiene preferencia sobre la identidad personal; la presión para intervenir era grande, y el grado de elección individual que tenían los jugadores era relativamente pequeño comparado con los futbolistas amateurs de hoy en día.

Sea cual fuere su nombre, y tanto si se asociaban o no con una fiesta específica, los antecedentes populares del *football* moderno eran acontecimientos emocionales abiertos que se caracterizaban por la pelea física. Las restricciones implícitas recibían una definición laxa y eran impuestas por la costumbre en oposición a las reglas formales y elaboradas que se plasman por escrito, que exigen a los jugadores ejercer un alto grado de autocontrol e implican la intervención de árbitros cuando se comete una falta deliberada o accidental o el autocontrol desaparece. Como resultado, el patrón básico del juego —el carácter de estos juegos populares como luchas entre grupos, el placer propio del que genera una batalla, el carácter desordenado y el nivel relativamente alto de violencia física tolerada— fue siempre en todas partes el mismo. En resumen, estos

Tabla 4.4 Mundiales: país anfitrión, participantes y n.º de asistentes (1930-1990)

<i>Fecha</i>	<i>Lugar</i>	<i>Ganador</i>	<i>Público</i>	<i>N.º de partidos</i>
1930	Uruguay	Uruguay	434.500	18
1934	Italia	Italia	395.000	17
1938	Francia	Italia	483.000	18
1950	Brasil	Uruguay	1.337.000	22
1954	Suiza	RFA	943.000	26
1958	Suecia	Brasil	86.000	35
1962	Chile	Brasil	776.000	32
1966	Inglaterra	Inglaterra	1.614.677	32
1970	Méjico	Brasil	1.673.975	32
1974	RFA	RFA	1.774.022	38
1978	Argentina	Argentina	1.610.215	38
1982	España	Italia	1.766.277	52
1986	México	Argentina	2.199.941	52
1990	Italia	RFA	2.510.686	52

Fuente. Adaptado de Tomlinson y Whannel (1986: 90-91).

dores por igual. En el fondo subyace el hecho de que los partidos son combates físicos entre dos grupos gobernados por reglas que dan campo libre a la pasión pero que los mantienen –la mayor parte del tiempo– autocontrolados. En tanto en cuanto se aplican y/u obedecen de forma voluntaria, las reglas del fútbol limitan también el riesgo de que se lesionen gravemente los jugadores. Éste es otro aspecto por el cual puede decirse que es un juego relativamente «civilizado». También el fútbol de elite posee una cualidad similar al ballet y esto, junto con los colores del uniforme de los jugadores, ayuda a explicar su atracción espectacular.

Por supuesto, otros deportes poseen alguna de las características enumeradas aquí, pero, según opinión discutible, sólo el fútbol las posee todas. Esto, que es razonable creer, es la razón por la cual se ha convertido en el deporte de equipo más popular del mundo. A su vez, su popularidad mundial y el grado en que

los seres humanos tienen necesidad de actividades como el deporte, a saber, que el proceso de la evolución biológica haya llevado al *Homo sapiens* a ser, no sólo una especie que maneja símbolos y que depende en gran medida del aprendizaje sociocultural para su supervivencia, sino también una criatura cuyo «organismo requiere estímulos para funcionar satisfactoriamente, sobre todo estímulos en compañía de otros seres humanos» (Elias, 1986b: 114).

Si estamos en lo cierto, el deporte se ha convertido en uno de los medios para recibir tal estimulación. Como Elias y yo apuntamos ya en 1969, el deporte parece ser una actividad de ocio de importancia decisiva en el contexto de las sociedades industriales-urbanas muy controladas y rutinarias, donde el trabajo ha adquirido cada vez más un carácter sedentario y la gente depende más y más de medios de transporte mecanizados (Elias y Dunning, 1969: 50 y sigs.).

El segundo sentido en que la sociología figuracional constituye un trabajo de síntesis es que supone un intento de amalgamar los mejores rasgos de la sociología clásica y moderna. Difiere de otros intentos de elaborar una síntesis –por ejemplo, la «teoría de la estructuración» de Giddens (1984)– porque, aunque suele centrarse en los sociólogos clásicos cuyas contribuciones, se dice, constituyen un *sine qua non* para construir tal modelo de la «santísima trinidad» de Marx, Weber y Durkheim, Elias (1978) ha añadido a Comte, por lo general poco de moda. Lo hizo así porque una teoría del conocimiento –la «ley» de las tres fases del crecimiento intelectual– fue una contribución central de Comte y porque, para Comte, los problemas del desarrollo social o, como él los llamaba, de la dinámica social forman el núcleo del interés sociológico. También ocupa un lugar central en la sociología figuracional la preocupación por el desarrollo social, y dentro de éste, el desarrollo del conocimiento y el deporte.

De forma modificada, hay elementos de las teorías de Marx, Weber y Durkheim que ocupan una posición central en la síntesis de Elias. El concepto de clase, por ejemplo, ocupa un lugar importante en la sociología figuracional, junto con la idea del papel desempeñado por los conflictos en la dinámica social. Sin embargo, Elias se distancia de Marx al argüir que la propiedad y el control de los medios de producción no son universalmente la fuente dominante del poder social, lo cual no significa, por supuesto, que *nunca* hayan sido la fuente dominante. También elaboró la teoría de lo que él llamaba configuraciones de foráneos y arraigados (Elias y Scotson, 1994) con el fin de sentar las bases de una teoría sobre el poder más general y capaz de arrojar luz sobre los rasgos comunes de las clases sociales, las desigualdades raciales-étnicas y sexistas, así como los que experimentan con quienes son discriminados por estar a favor o en contra de su orientación sexual (Van Stolk y Wouters, 1987).

De Weber tomó Elias el concepto del Estado como organización que posee el monopolio sobre la violencia en un territorio dado. Sin embargo, a diferen-

idea de que los hombres golpeen a las mujeres, y también una reacción pública más fuerte cuando se incumplen las normas dominantes. El que los hombres se hayan visto privados no sólo del derecho público a usar la violencia con las mujeres –relacionado con la arraigada creencia de que tal violencia está mal–, sino también de la capacidad psicológica y el deseo de hacerlo excepto en circunstancias de tensión extrema, habrá desempeñado un papel en el aumento –aunque sea marginal– del poder de las mujeres respecto a los hombres.

Es decir, se habrá incrementado la capacidad de las mujeres para lograr sus deseos y lo que ellas consideran intereses relativamente exentos de miedo de que actuar así provocará respuestas físicas violentas en los hombres. Sin embargo, muchos hombres sienten que su masculinidad está en peligro, restringida y amenazada por este proceso civilizador *per se* que consideran desmasculinizante, y por el aumento correlativo del poder de las mujeres. Si asumimos que la teoría de Eliás es cierta, es este proceso doble el que subyace en las raíces del miedo de la feminización debatida por Messner (1987) y que, si tengo razón, no se reduce únicamente a Estados Unidos.

Si proseguimos al hilo de este argumento y en el contexto de sociedades relativamente pacíficas y, en este sentido, civilizadas, algunos campos del deporte –junto con oficios como el de militar y policía– representan un enclave de la expresión legítima de la agresión masculina y la producción y reproducción de los hábitos masculinos tradicionales, que implican el uso y despliegue del poder y fuerza físicas, llegando a representar un vehículo validador de la experiencia de la masculinidad.

¿El fútbol y el fútbol americano como variantes más o menos civilizadas de la ecuación masculinidad-deporte?

Existen diferencias sustanciales entre los deportes y las sociedades en lo que concierne al empleo de una experiencia validadora de la masculinidad. Por ejemplo, quizá sea razonable describir el fútbol como un juego intrínsecamente más civilizado y civilizador que el fútbol americano, al menos cuando se juega según las reglas. Aunque sea también una batalla fingida con un balón, el elemento beligerante del fútbol es menos obvio, más sordo y por lo general está más controlado. Por algo el fútbol es un juego más abierto en el sentido de que las melés y las refriegas no son un elemento central. Además, el menor número de reglas y su mayor simplicidad lo hacen de más fácil control.⁹ Tampoco es una táctica legítima placar a los jugadores que no están en posesión del balón. Y los jugadores no se visten con una armadura que recuerda un tanto a la de los caballeros medievales. La vestimenta protectora de los jugadores a veces se denomina armamento en un libro que describe el fútbol.

representa uno de los pocos casos en la historia del deporte en donde la introducción de una práctica específica se remonta hasta una persona con nombre y apellidos. La palabra clave de la última frase es «auténtica» porque hay numerosas narraciones míticas que remontan los orígenes de los deportes a la acción innovadora de personas concretas y no sienten la necesidad de ubicar socialmente a dichos individuos.

Hay dos tipos amplios de narraciones míticas sobre los orígenes de los deportes: las que se remontan a acciones de un individuo y las que sugieren un origen colectivo. Un ejemplo de origen individual es el que remonta el rugby a un acto anómalo cometido en 1823 por William Web Ellis, estudiante de Rugby. Otro remonta el origen del béisbol a un acto atribuido al general Abner Doubleday en Cooperstown, Nueva York, en 1839 (Gardner, 1974: 60-61; Dunning y Sheard, 1979: 66). Ambos son poco plausibles.

La mayoría de los intentos de explicar el origen del fútbol son mitos colectivos más que individuales, que adoptan distintas formas. Por ejemplo, se creía en Kingston-upon-Thames, condado de Surrey, que el juego local que practicaban tradicionalmente todos los martes de carnaval tenían su origen en una victoria de los sajones sobre los invasores daneses a comienzos de la Edad Media. Se dice que jugaron por las calles dando patadas a la cabeza del jefe danés y que el juego surgió de aquella celebración. Una creencia igualmente increíble circulaba entre los habitantes de Rugby, sólo que en esta ocasión se dice que el juego tuvo su origen en una victoria de los bretones sobre el ejército romano en el siglo III de nuestra era (Marples: 1954: 6-7).

Estas creencias son míticas porque no hay datos que las confirmen desde los acontecimientos supuestamente ocurridos. De hecho, es más plausible lo contrario a este tipo de creencia popular, a saber, que bretones y anglosajones ya jugaban a deportes similares al fútbol cuando se dieron esas batallas contra romanos y daneses, y que los partidos de fútbol eran actos para celebrar las victorias y que luego tal vez sustituyeran la cabeza de los jefes derrotados por una pelota. Que así pudo ser concuerda con su nivel de civilización en el sentido de Elías, pero, una vez más, no hay datos que confirmen o refuten una hipótesis de este tipo.

Los mitos más plausibles desde la óptica antropológica remontan los orígenes del fútbol a un rito pagano de la fertilidad. En 1929, W. B. Johnson escribió que en los rituales primitivos con frecuencia hay un objeto esférico que simboliza el sol. Dicho de otro modo, la pelota es una representación simbólica del que da y mantiene la vida, hipótesis que queda respaldada un tanto porque *la soule*, nombre francés de una forma de fútbol que floreció en Normandía y Bretaña, parece ser un derivado de *sol*, palabra latina para designar al astro rey (Marples, 1954: 12-13). Lo que no explica este origen mítico es por qué hay que dar patadas a un sol simbólico en este juego rudo y físicamente peligroso.

3. *En ningún combate está permitido que haya más personas en el escenario, excepto los contendientes y sus cuidadores; la misma regla se aplica a las eliminatorias, excepto porque el señor Broughton puede estar en el escenario para mantener el decoro y ayudar a los compañeros a ocupar sus puestos, siempre y cuando no interfiera en el combate; cualquiera que infrinja estas reglas será expulsado de inmediato.*
4. *Ningún campeón debe considerarse derrotado, a menos que no vuelva a la línea dentro del límite de tiempo o su propio cuidador lo declare vencido. Ningún cuidador puede hacer preguntas al adversario de su hombre ni aconsejarle que tire la toalla.*
5. *Que en los combates eliminatorios, el ganador cobrará dos tercios del dinero apostado, el cual se dividirá públicamente en el escenario, a pesar de que haya un acuerdo privado sobre lo contrario.*
6. *Que para evitar discusiones, los directores elegirán entre los caballeros presentes a dos árbitros que decidirán sobre cualquier discusión sobre el combate; y si los dos árbitros no se ponen de acuerdo, éstos escogerán a un tercero, que habrá de juzgar.*
7. *Que nadie podrá golpear al adversario cuando esté en el suelo, ni cogerlo por las nalgas, los calzones o cualquier otra parte por debajo de la cintura; un hombre arrodillado se considera tumbado.*

(Sheard, 1992: 129-130)

Aunque está claro que una finalidad era regularizar el juego de apuestas y limitar el que hubiera discusiones relacionadas con éstas, también se formularon las reglas con una intención civilizadora en cierto número de aspectos. Más en concreto, su intención era la de regular el inicio de los combates decretando que ningún boxeador diera un solo puñetazo hasta que ambos estuvieran bien colocados en la esquina dibujada con tiza; impedir que otras personas ayudaran o interfirieran en el combate; lograr un buen control estipulando la necesidad de que hubiera dos árbitros para decidir en las discusiones, con la posibilidad de llamar a un tercer árbitro cuando no se pusieran de acuerdo, y con el objetivo limitador de que los puñetazos se dirigieran a la parte superior del cuerpo e impedir que los boxeadores pegaran a sus oponentes cuando estaban tumbados o de rodillas.

La introducción por primera vez de guantes en los combates de boxeo podemos calificarla retrospectivamente como «un intento civilizador», lo que puede apreciarse en un anuncio que Broughton puso en el *Daily Advertiser* en febrero de 1747 anunciando su intención de abrir una «academia de boxeo». El anuncio decía así:

El señor Broughton propone... abrir una academia... en el Haymarket para enseñar a todo el que quiera iniciarse en los misterios del boxeo, donde

(1994) y Captain (1991) para el debate sobre la prevalencia de las actitudes sexistas y el comportamiento entre los varones afroamericanos.

9. DEPORTE, GÉNERO Y CIVILIZACIÓN

1. Este capítulo es una elaboración de algunas de las ideas clave propuestas en «Process-Sociological Notes on Sport, Gender Relations and Violence Control» que escribí con Joe Maguire. Apareció en la *International Review for the Sociology of Sport* (1996), 31: 295-321.
2. Judith Lorber aporta una excepción en sus *Paradoxes of Gender* (1994), págs. 41-44.
3. Esto no es cierto respecto a la sociología de la literatura deportiva, donde el trabajo pionero de autores como Klein, Messner y Sabo está contribuyendo a comprender la producción y reproducción sociales de la masculinidad no sólo en el deporte, sino a nivel más general.
4. El término «andrarquía» —que significa «gobierno de los hombres»— es preferible a «patriarquía», porque, mientras éste deriva de raíces latina y griega, aquél deriva sólo de raíces griegas. Además, patriarquía significa literalmente «gobierno del padre» y no «gobierno de los hombres».
5. La razón por la cual los sociólogos figuracionales son tan conscientes de que el conocimiento sea algo en desarrollo, es decir, que todos nosotros dependemos del fondo social de conocimientos disponible en sociedades determinadas en momentos concretos en el tiempo. Por lo que concierne a la sociología, nuestra posición es que el conocimiento sociológico en la actualidad está mucho menos avanzado que en áreas como la física, la química y la biología.
6. Hubo, por supuesto, variaciones dentro y entre las sociedades europeas en este proceso general.
7. Este equilibrio tiende a variar, por ejemplo, en el curso de la vida de las personas. Zurcher y Meadow aportan un ejemplo revelador en su «On Bullfights and Baseball» (1971: 178), donde escriben sobre la familia mexicana: «*La mujer y las hijas parecen desarrollar una sociedad de protección mutua muy sólida entre mujeres; adoptan un papel de mártires pero ejerciendo un control pasivo, y esperan pacientemente para hacerse con el control siempre que falta el dominio del padre.*»
8. Walby califica esta controversia sugiriendo que: «*La poca frecuencia de la intervención del Estado, y la humillación sufrida por aquellas mujeres que la buscan indica que se trata más de una desviación en el control y legitimación de la violencia que de su eliminación*» (Walby, 1990: 149). Si esto es cierto —y parece que Walby pensaba más en las violaciones que en la violencia del hombre en general para con la mujer—, se deduce que son más importantes los cambios a nivel de los hábitos y personalidad que los cambios a nivel legislativo.
9. Según Wurman (1982: 20), un árbitro veterano de la NFL describió sus responsabilidades como «*tratar de mantener el orden con un silbato, un pañuelo y un millón de rezos durante una pelea legal entre bandas con un total de 80 matones.*»
10. Wurman (1982: 13) define estas prácticas de la siguiente forma:

contrarrestar la tensión del trabajo, pero, con el creciente desarrollo del capitalismo industrial y la correlativa difusión del deporte por otros estratos de la sociedad, han adquirido características que recuerdan a las del trabajo. En la medida en que se ha dado este proceso, se deriva, según Rigauer, que los deportes deben ser capaces de contrarrestar los efectos del trabajo.

Particularmente relevante para nuestros fines es el análisis de Rigauer sobre las modificaciones del deporte. «*La cuestión es* –se pregunta él– *si el deporte de elite puede imbuirse de valores que puedan definirse como acomodaticios. ¿Siguen los deportes de elite los principios de una sociedad de intercambios?*» La respuesta de Rigauer es afirmativa. Los deportistas, dice él, son productores; los espectadores, consumidores. La actuación de los primeros se ha convertido en una comodidad que se intercambia por dinero en el mercado. Esto sucede tanto si los deportistas-productores son amateurs que sólo cubren gastos como si son profesionales que reciben un sueldo, porque «*el ideal del amateurismo puro en el deporte de elite*» se convirtió en un mito mucho antes de que se eliminara esta distinción (Rigauer, 1981: 67-68).

Este razonamiento es perceptivo. Según Rigauer, el deporte de elite se ha acomodado y ha crecido como un área orientada hacia el éxito de la vida social. La creencia de que opera como un antídoto del trabajo sigue muy extendida, pero esta creencia, sugiere Rigauer, es una ideología que oculta a los participantes la función «real» del deporte: la de reforzar en la esfera del ocio la ética del trabajo duro, la consecución de éxito y la lealtad al grupo necesaria para la reproducción de la sociedad industrial capitalista. Según Rigauer, ayuda a mantener el *statu quo* y refuerza la dominancia de la clase dirigente.

La tesis de Rigauer parte del punto de vista de la «teoría crítica», el género de la sociología marxista iniciada durante la década de 1920 por Adorno y Horkheimer en el Institut für Sozialforschung de la Universidad de Frankfurt, y que se conoce como «la Escuela de Frankfurt».³

Conclusiones parecidas sobre la estructura y funciones del deporte moderno obtuvo el francés Jean-Marie Brohm al escribir desde una óptica «alhusiana» durante la década de 1970 (Brohm, 1978: 175). Según Brohm, el deporte no es «*una entidad trascendente que se superponga a los períodos históricos y modos de producción*» sino «*el producto de un punto histórico decisivo*» que apareció primero en Inglaterra, «*lugar de nacimiento del sistema de producción capitalista, al comienzo del período industrial moderno*». El razonamiento de Brohm es complejo, pero una de sus tesis centrales es que el deporte es un «*aparato ideológico del Estado*» en oposición a los aparatos «*represivos*». Es decir, persuade más que usa la fuerza para inculcar en la gente la ilusión de libertad y la creencia de que eligen libremente. De hecho, el deporte cumple una función triple según Brohm, a saber:

Conclusión

Es razonable suponer que la aparición de una burguesía negra de cierto poder en Estados Unidos se interprete como la representación de un cambio direccional de la civilización, en el contexto de un equilibrio global entre tendencias civilizadoras y descivilizadoras de ese país. Igualmente, el confinamiento de la gran mayoría de los negros en guetos urbanos con pocas perspectivas y con problemas, como la creciente dependencia de drogas y la criminalidad, pues las bandas vinculadas a la droga pueden representar un desarrollo «barbarizante» de proporciones incluso mayores.

Si los argumentos aportados en este capítulo poseen alguna sustancia, las estrellas negras del deporte podrían desempeñar un papel útil, tal vez vertebrador, del desarrollo y aplicación de políticas pensadas para cambiar los aspectos descivilizadores de estas tendencias. Por ejemplo, podrían seguir la sugerencia de Gates y recurrir a su estatus de estrellas para persuadir a los varones negros pobres de que cursen unos estudios con mayor seriedad y dediquen menos energías al deporte, y hacer campaña para la dedicación de fondos a la mejora de las escuelas urbanas. Por supuesto, en el grado en que prueben su éxito en este aspecto, se daría un descenso en la presión competitiva para alcanzar ese éxito en el deporte que da pábulo a la superioridad negra en deportes específicos, y así, también habría un declive de esa superioridad *per se*.

A corto plazo, esto tal vez se perciba como una forma de impedir que los negros tengan oportunidades en una de las pocas áreas en las que han logrado la superioridad y, por tanto, provoquen resentimientos (Cashmore, 1990: 88). Sin embargo, a largo plazo, siempre y cuando hayan demostrado servir, tales políticas conseguirán una significativa igualdad de oportunidades para los negros y eliminará un requisito central implicado en la sociogénesis y persistencia del mito de la superioridad física e inferioridad intelectual de los negros.

No obstante, está todavía por ver si las estrellas negras del deporte actual seguirán siendo corredores (Boyle, 1971) a quienes persuadir de dirigir campañas políticas, o si las grandes sumas que ganan y el clima comercial y la hiperindividualización que se ha vuelto predominante en el deporte en el Oeste contemporáneo llevarán a creer que el dinero le vuelve a uno blanco, ayudando a contrarrestar la ambigüedad de su estatus que antes llevó a los miembros de la burguesía negra a identificarse con sus hermanos menos afortunados.

mano, el *episkyros* griego o el *gioco del calcio* italiano (Green, 1953: 5-6; Young, 1968: 2). En ninguno de estos casos, con la excepción parcial del *calcio*, hay datos que nos permiten trazar una línea descendente. Jusseran, propuso en 1901 una explicación algo más plausible que adoptó Magoun en 1938 (Magoun, 1938: 134-137). Reparando en la existencia de paralelismos entre el fútbol popular de Inglaterra y Francia, Jusserand sugirió que debían de haber tenido un origen común. Y como los documentos se remontan más en el tiempo en Francia que en Inglaterra, llegó a la conclusión de que el fútbol debió de originarse en Francia y fueron los normandos quienes lo llevaron a Inglaterra en el siglo XI. Si Jusserand está en lo cierto, resulta irónico, porque habría probado los orígenes franceses de lo que se considera un deporte originalmente inglés. Mi punto de vista es que el deseo de Jusserand de probar la superioridad de franceses sobre ingleses ayudó probablemente a que se decantara por esta conclusión. Esto se debe a que –aparte de que el nombre es inglés– todos los datos sugieren que, aunque el fútbol *per se* no tuviera su origen en Inglaterra, los deportes del fútbol y el rugby que se desarrollaron durante el siglo XIX sí lo tuvieron. Este punto de vista no es mera especulación, sino que queda respaldado con datos.

Marples acepta la plausibilidad de la tesis de Jusserand pero especula con que la existencia de juegos similares al fútbol como el «hurling» (especie de hockey irlandés) y el «knappan» en Cornwall, Irlanda y Gales respalda lo que él llama la «hipótesis celta», a saber, que los deportes similares al fútbol tuvieron un desarrollo independiente pero paralelo entre los francos, los anglosajones y los celtas. Aunque es imposible probarlo con datos directos, esta línea de razonamiento es convincente, si bien hay que ir más allá.

Como los chinos, japoneses, griegos, romanos, italianos, ingleses, franceses y celtas practicaron en algún período de su historia juegos que se han propuesto con distinto grado de plausibilidad como *la* forma ancestral del fútbol, parece razonable apuntar la hipótesis de que los juegos similares al fútbol tuvieron orígenes múltiples, practicándose en distintas formas en todas o casi todas las sociedades con capacidad tecnológica para fabricar pelotas adecuadas. Es posible que, cuanto menor fuera la división del trabajo en tales sociedades, más se aproximaran estructuralmente al patrón de organización social que Durkheim llama «*solidaridad mecánica*» y más carácter religioso o ritual tuviera este juego (Durkheim, 1964: 70 y sigs.). Esto se debe a que, en las sociedades de ese tipo, lo ritual y lo sagrado son omnipresentes.

En resumen, aunque es necesario mantener una objetividad crítica con las explicaciones antropológicas concretas sobre los orígenes del fútbol propuestas por Johnson y Chambers, hay razones sociológicas para creer que hipótesis de este tipo tal vez no yerren del todo. Sin embargo, estas razones siguen siendo especulativas. Quizá sean más o menos plausibles pero es imposible respaldar-

- gioco del pugno* 67-68
 Giulianotti, R. 187-88
 Glanville, B. 33-34, 99
 gobernantes 61
 gobierno militar 195
 Goffman, E. 184, 234
 Golesworthy, M. 75
 Goodbody, J. 164
 Goodhart, P. 196
 Gorn, E. 232
 Goudsblom, J. 29
 gradas 153
 gradas valladas 161, 174
 Gran Bretaña 101-2, 190; comodi-
 ficación del fútbol 121-9; desarrollo del
 deporte moderno 70-82; explicacio-
 nes del hooliganismo 139-53; depor-
 te femenino 271; *football* popular
 102-08; hooliganismo 132-9; hooli-
 ganismo comparado con la violencia
 del público en Norte América 205;
 espectadores 144; formación del esta-
 do 45-6, 73-9; vilipendio simbólico
 de la mujer 275
 Grecia, en la Antigüedad 63-65
 Green, G. 118, 119, 121
 Greenberg, P. S. 54, 196
 Greene, W. 231
 Grey Cup 172, 205-6
 Gruneau, R. 262
 grupos de la extrema derecha 187
 guantes de boxeo 73-75
 guerra 39-40, 49, 227-8
 Guerra de los Cien Años 104
 guerreros, transformación en cortesanos
 61, 67
 guetos, confinamiento de los negros en
 228, 9, 234
 Gurr, T. R. 187
 Guttmann, A. 34, 65, 66; catarsis, 32;
 violencia del público 165, 168-9,
 170, 172-3; *gioco del calcio* 68, 90;
gioco del pugno 69; rutinización
 32,33; deportes de la Antigüedad 64,
 49; torneos 67
 hábitos, según el sexo 259, 260
 Hahn, E. 54
 Haley, A. 229
 Hall, S. 247
 Hargreaves, Jennifer 23, 24, 243, 282;
 género 224-5, 231; objetividad apa-
 sionada 284
 Hargreaves, John 70, 120-1; elemento lú-
 dico 70-1, 76, 113-14; crítica marxis-
 ta de la comercialización 131, 139,
 140
 Harper, C. 185
 Harrington, J. A. 177
 Harris, R. 166
 Harrison, P. 175
 Harrow School 118
 Haynes, R. 150-51
 Heidegger, M. 85, 86
 Heinemann, K. 16
 Helgadottir, B. 157-58
 hipótesis celta 102
 historia 26-27, 86-87
 Hoberman, J. 252
 hockey 270-71
 Holanda 185
 Holm-Kristensen, B 185
 Holt, R. 170
Homo clausus/Homines aperti 20, 21, 37,
 53, 280
 hooliganismo en el fútbol 22, 155, 189;
 comparación con la violencia del pú-
 blico deportivo en Norteamérica 204;
 en Inglaterra 162-65; explicaciones
 166-169; explicación figuracional
 169-80; reflexiones teóricas sobre
 153-8; incidencia a nivel mundial
 155-57; *ver también* violencia del pú-
 blico deportivo
 hooliganismo premeditado en el fútbol
 187
 Horne, J. 19, 62
 Hughes, H. 227
 Huizinga, J. 68, 72
 Huntingford, F. 192
 hurling de Cornualles 51, 85-7

Desarrollo del fútbol moderno

Aunque el *calcio* fuera conocido por un puñado de escritores y lectores ingleses hace unos 100 años, eran miembros de una elite reducida y dudo que su conocimiento de este deporte ejerciera efecto alguno sobre los antecedentes populares británicos del *football* moderno (ver capítulo 3 donde se ahonda en la probabilidad remota de que el fútbol fuera influido por el *calcio*). Con o sin el apoyo de la aristocracia, la gente corriente siguió practicándolo según la tradición hasta el siglo XIX, mientras que por lo que sabemos el *calcio* florentino cristalizó en torno al nivel de desarrollo alcanzado durante los siglos XVI y XVII.

En resumen, el desarrollo del *football* moderno parece haber sido un proceso que se produjo en Inglaterra con independencia. Dos procesos que se dieron más o menos simultáneamente en los siglos XVIII y XIX tienen relevancia al respecto: (1) la marginación cultural del *football* popular, proceso que se inició a mediados del siglo XVIII y ganó terreno durante el XIX, y (2) el desarrollo de nuevas formas de *football* en las escuelas y universidades públicas hacia la década de 1840 y en adelante.

La marginación cultural del football popular

Por lo que a la marginación del *football* popular se refiere, basta decir que estas formas de juego parecen haber quedado fuera de los procesos «civilizadores» o «de formación de estados» que se dieron en los siglos XVIII y XIX en Gran Bretaña. Es decir, cada vez más gente empezó a mostrar repugnancia por la violencia del *football* popular. Al mismo tiempo, la formación de una nueva policía durante las décadas de 1820 y 1830 otorgó a las autoridades un instrumento de control social más eficaz que el que habían tenido hasta el momento. Las prohibiciones que se iniciaron en 1314 pudieron así prevalecer y se pudo borrar de los estatutos la «*Ley para mantener la artillería y prohibir juegos ilegales*».

También debió de haber otra influencia. Es posible que la supervivencia del *football* popular tras siglos de oposición se hubiera basado en parte en el apoyo de secciones de la aristocracia y la alta burguesía. Si ésta es una suposición razonable, tal vez haya habido otra razón para la marginación cultural de estos antecedentes del *football* moderno relacionada con la forma en que la industrialización y la formación del estado provocaron un aumento del poder de la burguesía ascendente. Como resultado, se hizo más intensa la lucha por la excelencia entre los miembros de la burguesía y las clases terratenientes, lo que permitió la mejora del estatus de los primeros cuyo comportamiento se volvió más exclusivo, dejando de apoyar los deportes tradicionales.

Revisión de algunas viejas teorías sobre la estratificación racial

A finales de la década de 1960, en gran medida por haberse reconocido el fracaso de otros enfoques sociológicos, en especial el funcionalismo normativo de Parsons (Lockwood, 1964), y con el fin de predecir la explosión racial en Norteamérica, se llevó a cabo un intento de trazar con exactitud la naturaleza de las relaciones raciales como un área específica de problemas sociológicos. El debate se centró en el grado hasta el cual pueden considerarse las relaciones raciales parecidas a otros tipos de estratificación social. Muchos norteamericanos, fueran de un credo funcionalista (Kahl, 1961), weberiano (Marx, 1969) o más marxista (Blauner, 1972), aceptaron más o menos explícitamente que las relaciones raciales eran una forma de relaciones entre clases o niveles sociales.

Sin embargo, Lockwood despertó dudas sobre el consenso entre estos «extraños compañeros de cama», sugiriendo que hay límites al análisis de las relaciones raciales en términos de estratificación y clase. Esto, afirmó él, se debe en parte a que las desigualdades de clase surgen de la división del trabajo, pero las desigualdades raciales no (Lockwood, 1970: 57), en parte porque el racismo genera formas específicas de tensión entre clases y el alineamiento, dentro de grupos socialmente definidos como razas, con movimientos de protesta que comprenden patrones de identificación y unificación grupal entre distintas clases, y en parte porque el lenguaje se construye sobre connotaciones morales, estéticas y sexuales específicas de los colores (Lockwood, 1970: 59). Aquí lo que me preocupa son el primero y el segundo de estos temas,³ pues se relacionan de forma bien definida.

El primero de los argumentos de Lockwood implica un fallo de apreciación de aspectos de la teoría de Durkheim sobre la división del trabajo, en concreto el núcleo de su desarrollo. Aunque la base principal del argumento de Durkheim es que la división del trabajo provoca la aparición de una «solidaridad orgánica» basada en «lazos de interdependencia» (Durkheim, 1964),⁴ también afirma que este proceso sólo se produce a largo plazo, dando lugar en primera instancia a dos tipos de solidaridad en las que se mezclan formas orgánicas y mecánicas. Además —propone él— ha habido una tendencia histórica a que la división cada vez mayor del trabajo se correlacione con el declive de la «casta» (Durkheim, 1964: 378).

No creo que Durkheim diga tal cosa explícitamente, sino que se da una forma de organización social en donde la solidaridad orgánica y mecánica se mezclan cuando la sociedad se divide en «castas raciales». Esto se debe a que los alineamientos raciales se basan más en «parecidos» específicos de origen natural (p. ej., el color de la piel) o social (p. ej., las marcas de las castas hindúes, la estrella de David en el régimen nazi alemán) que en lazos de interdependencia es-

La falta de espacio nos exige un debate limitado de estos tipos. Me ceñiré a la consideración de tres de los tipos legítimos/diferenciables: el críquet del siglo XVIII es un ejemplo del 5º tipo; el fútbol y el críquet de finales del siglo XIX y comienzos del XX son ejemplos del 6º tipo, y el fútbol actual es un ejemplo con una combinación cambiante de todos los tipos legítimos/diferenciables, además del pago de «maletines», es decir, pagos ilegales a los administradores, jugadores y sus agentes cuando se produce la transferencia de un jugador. El debate se centrará en la relativa y cambiante autonomía de los productores directos del deporte, los patrones de consumo deportivo implicados en los distintos tipos de profesionalismo, y la relativa y cambiante autonomía de los consumidores.

La estructura y *ethos* del críquet profesional inglés durante el siglo XVIII dependió en gran medida de la riqueza y dominio social indiscutible de la aristocracia y la alta burguesía. Su aparición fue un proceso social relativamente libre de conflictos. Esto se debió sobre todo a la existencia en la sociedad inglesa de aquel período de una estructura de clases basada en el dominio seguro de una élite terrateniente y ociosa, donde el equilibrio de poder entre clases implicaba grandes desigualdades y donde no era posible desafiar la posición de la clase dominante.

El poder indiscutible de la aristocracia y la alta burguesía inglesas del siglo XVIII otorgó a los miembros de las clases terratenientes cierta autonomía suficiente para estructurar el críquet virtualmente orientado hacia sus propios intereses. El tipo de profesionalismo surgido se basó en una clara subordinación de los profesionales a sus mecenas y una dependencia casi completa por lo que a las expectativas en la vida se refiere. Los miembros de la aristocracia y la alta burguesía contrataban a los mejores jugadores como sirvientes domésticos, cocheros o para trabajar en sus fincas, pero en realidad se trataba de jugadores de críquet (Brookes, 1978: 60 y sigs.). En aquel período también hubo números reducidos de lo que Brookes llama «jugadores independientes» que alquilaban sus servicios partido a partido (Brookes, 1978: 63). Y había oportunidades para empresarios como George Smith, Thomas Lord y James Dark, que quisieron ganar dinero con la propiedad y administración de campos de críquet (Brookes, 1978: 73). Se calcula que hasta 20.000 personas asistían en ocasiones a los partidos y los espectadores pagaban una entrada de 2 peniques por entrar en el Campo de Artillería de Londres durante la década de 1740 (Brookes, 1978: 50).

Por tanto, había ciertos elementos capitalistas dentro de la estructura general del críquet de aquel período, pero no puede decirse que hayan determinado la estructura ni el *ethos* del juego. Ambos dependían del poder intocable y de la inmensa riqueza de la aristocracia y la alta burguesía. Que unos pocos individuos de clases inferiores pudieran ganar dinero o mejorar su nivel de vida con

deportes: el desarrollo de actividades e instituciones emocionalmente estimulantes. Sin embargo, es importante asumir que se han visto sometidos a las mismas coacciones civilizadoras que otras esferas de la vida moderna. Por eso hablamos del «descontrol *controlado* de los controles emocionales» (Elias, 1986b: 44 y 49).

Dicho de otro modo, en el curso normal de los acontecimientos en las sociedades más «civilizadas» de hoy, las actividades miméticas pueden actuar, en el caso de las personas con suerte para disponer de estas oportunidades, de contrapunto a la rutinización y esterilidad emocional de la vida diaria al aportar emociones controladas y limitadas. Pensemos si no en las normas según las cuales se controla el comportamiento del público en teatros y conciertos respecto a las del siglo XVIII. O pensemos en la violencia y dureza de los antecedentes del fútbol y rugby modernos comparadas con la actualidad. Una prueba de ello es una reportaje periodístico escrito en 1898 y con el cual dio Patrick Murphy en la fase inicial de nuestra investigación sobre el gamberrismo en el fútbol. La noticia en cuestión dice así:

Herbert Carter murió la semana pasada en Carlisle por las heridas sufridas mientras jugaba al football cuando recibió por accidente una patada en el abdomen. Otros dos jugadores murieron también el sábado por las heridas recibidas en el transcurso del juego, a saber, Ellam de Sheffield y Parks de Woodsley. Ambos, junto con el caso de Partington, que murió el pasado miércoles, suman un total de cuatro muertes la semana pasada.
(*Leicester Daily Mercury*, 15 de noviembre de 1898)

Podría ser coincidencia que en 1898 se produjeran cuatro muertes en una sola semana; sin embargo, nuestra idea es que el grado de civilización en el ocio y el deporte varía de acuerdo con el nivel de civilización de las sociedades. Es decir, el objetivo del ocio y el deporte es cumplir una función desrutinizante en *todas* las sociedades *por medio* del descontrol de los controles emocionales, si bien este descontrol se torna más controlado en las sociedades que se vuelven más civilizadas y rutinarias.⁴

De hecho, hay que hallar un equilibrio entre las reglas y las normas que suscitan un comportamiento descontrolador y las que conciernen a los controles emocionales. Si los controles se vuelven demasiado rígidos, tal vez las pruebas deportivas y el ocio se tornen demasiado rutinarios y aburridos. Si devienen demasiado laxos, tal vez el comportamiento trascienda los límites de lo que se considera civilizado. Tal y como Elias expresó haciendo referencia al fútbol: «*Al igual que otras variedades de ocio-deporte... el fútbol se mantiene en un equilibrio precario entre dos peligros mortales: el aburrimiento y la violencia*» (Elias, 1986b: 51).

mir aspectos del pasado. En resumen, esto lleva inevitablemente a emprender una especie de estudio histórico.

A menudo se arguye –por ejemplo, Popper (1957)– que la historia y la sociología de la historia no pueden ser ciencias debido al carácter único y la irrepeticibilidad de los acontecimientos sociales. La postura de Elias era distinta. Afirmaba que el carácter único y la irrepeticibilidad no son inherentes a los acontecimientos como objetos, independientemente de los valores de la gente que hace tales afirmaciones (Elias, 1983: 9 y sigs.). Al contrario, Elias sugirió que tales ideas reflejan los valores de la gente de las sociedades industriales altamente diferenciadas donde el carácter único individual es muy apreciado. Esto da pie a la aparición de temas complejos. Según Elias, los seres humanos tienen mayor conciencia de la individualidad de sus acciones que ninguna otra especie conocida. Sin embargo, todos los seres humanos son únicos dentro de un patrón recurrente y genéticamente determinado de la especie. Las relaciones sociales de las hormigas y las abejas han permanecido iguales durante miles de años porque dependen de su constitución genética. Como especie, sin embargo, el *Homo sapiens* es fundamentalmente distinto porque los patrones humanos de organización social dependen del aprendizaje. De ahí que la organización social de los seres humanos se modifique sin que haya cambios biológicos.

Es la dependencia del aprendizaje lo que permite a los seres humanos que tengan «historia» y que cambien y se desarrollen sus sociedades y productos sociales como los deportes. De hecho, Elias sugirió: las secuencias que denotan los términos «evolución biológica», «desarrollo social» e «historia» forman tres estratos distinguibles pero inseparables (1983: 13 y sigs.). El ritmo de cambios en cada uno suele diferir. Por tanto, las configuraciones sociales cambian con más rapidez que la estructura genética de los organismos biológicos, los seres humanos cambian con más rapidez que las configuraciones. Por ejemplo, la figuración de los tres estamentos «caballeros, sacerdotes y siervos» de la Europa medieval, y la figuración del «obrero, patrón y gerente» de los tiempos más recientes son ejemplos de configuraciones que han durado varias generaciones. Esto es independiente del hecho de que todos y cada uno de los individuos que lo comprenden son, o eran, una variación única e irreplicable del patrón común de la especie y actuaban de forma más o menos diferente, en parte de acuerdo con el nivel de individualización estructuralmente determinado por la fase de desarrollo de la sociedad.

Otra forma de decir esto es afirmar que las configuraciones permiten cierto grado de autonomía relativa a los individuos que las forman. Esto es lo que Durkheim trató de plasmar cuando escribió sobre la imposibilidad de modificar hechos sociales por «un sencillo esfuerzo de la voluntad» (1964: 28). Los deportes modernos parecen tener tal carácter de autonomía relativa, una estructura relativamente estable que los hace comparables a la figuración relativa-

Según el estudio de Van der Brug realizado en Holanda, los típicos hooligans holandeses tienden a mostrar resentimiento y se oponen a una educación formal; es más probable que los no-hooligans tengan trabajo; sus padres muestran una actitud relativamente tolerante hacia el uso de la violencia y la agresión, y adquieren prestigio y un nuevo estatus con las peleas y desplegando un comportamiento machista (Van der Brug, 1986). Finalmente, basándose en una encuesta realizada a «ultras» de Bologna, Roversi llegó a la conclusión de que

la mayoría de los jóvenes «ultras» proceden de la clase obrera. El grupo de gente con trabajo consta de 169 varones y 46 mujeres. En este grupo los trabajadores manuales cualificados no predominan visiblemente comparados con trabajadores de otra clase ni con la muestra en conjunto; representan un 80,3% y un 51,9%, respectivamente. Son gente que trabaja en almacenes, de porteros, mozos de tiendas, albañiles, carpinteros, pero sobre todo obreros de fábricas... Hay que resaltar que sólo un 3,9% de toda la muestra admitieron estar en el paro.

(Roversi, 1994: 359-381)

A pesar de las diferencias de orientación teórica y las categorías empleadas, hay bastante unanimidad entre las conclusiones obtenidas con hooligans escoceses, belgas, daneses e italianos, y las del estudio de Leicester. Sería interesante descubrir si las investigaciones sobre el hooliganismo en otros países llegan a las mismas conclusiones.

Para concluir, es importante subrayar que es poco probable que se descubra en todas partes que el hooliganismo deriva de las mismas raíces sociales. Como base para nuevos estudios, es razonable esbozar la hipótesis de que el problema se alimentará y conformará, *ceteris paribus*, con lo que podríamos llamar las principales líneas fallidas de cada país. En Inglaterra se traduce en desigualdad entre clases sociales y entre regiones; en Escocia (al menos en Glasgow) y en Irlanda del Norte, en sectarismo religioso; en España, en el nacionalismo lingüístico de catalanes, castellanos, gallegos y vascos; en Italia, en el particularismo entre ciudades y tal vez en la división entre el norte y el sur expresada en la formación de «la Liga Lombarda», y en Alemania, en las relaciones entre el Este y el Oeste y los grupos políticos de la derecha y la izquierda.

Particularismos religiosos, étnicos y entre ciudades pueden atraer a más gente de las clases sociales altas de lo que suele ser habitual en Inglaterra. Sin embargo, una característica común de todas estas líneas fallidas —que, por supuesto, se superponen e interactúan de muy variadas y complejas formas— es que pueden generar aproximaciones estructurales a la «segmentación ordenada» o, mejor aún y para expresarlo con términos de Elías, configuraciones de «foráne-

frase con que inicié esta conclusión, los deportes modernos son lo que Elias habría llamado una útil «*invención colectiva*». Sin embargo, no son la panacea.

El grado de violencia ocasionado depende fundamentalmente del hábito y estructura de la personalidad de la gente que juega, asiste como espectador, organiza y controla, y éstos, a su vez, dependen de la fase de un proceso civilizador o descivilizador o del equilibrio entre ellos. Como he señalado en este libro en varias ocasiones, Elias (1991a) especuló con que, en el futuro –asumiendo que la humanidad no sea barrida de la faz de la tierra por una guerra nuclear, una catástrofe ecológica o por la colisión de la tierra con un gran asteroide– los historiadores tal vez consideren bárbaros tardíos a las personas más civilizadas del siglo XX.

Quizás el ser bárbaros tardíos sea el responsable de que el deporte moderno no sea sólo un ámbito social para el valioso y socialmente legítimo *descontrol controlado de los controles emocionales* (ver capítulo 1), sino también un ámbito para inculcar, expresar y preservar algunas de las formas más extremadas de *machismo* (ver capítulo 6).

También se han asociado durante más de un siglo a los procesos de acomodación y comercialización procesos que se han ido acelerando a medida que el siglo XX ha ido llegando a su fin; sus consecuencias para el deporte y la violencia y para la misma preservación del deporte en sus formas modernas resulta indeterminada en la actualidad. (Mientras escribo esta frase, el BskyB de Murdoch acaba de pagar 625 millones de libras por el Manchester United y Carlton está negociando con el Arsenal.)

Sin embargo, puede decirse con certeza que Norbert Elias hizo aportaciones importantes a la sociología del deporte al igual que en muchas otras áreas de este campo. Por tanto, quizá sea necesario concluir este libro parafraseando la cita de Elias sobre Holbach al término de *The Civilizing Process*: «*La civilisation et le sport ne sont pas encore terminées*». Tengo esperanzas de que en *Temas deportivos* haya empuñado la antorcha llevándola un poco más adelante de donde la dejó Elias, quien ayudó a impulsar el estudio del deporte hasta el lugar de prestigio jerárquico que ocupa entre los temas de la sociología, que es al menos un poco más alta que la posición que ha ocupado hasta el momento.

DEPORTE, GÉNERO Y CIVILIZACIÓN

Introducción

Este capítulo nace de un estudio anterior sobre el deporte como coto masculino (Sheard y Dunning, 1973; Dunning, 1986) y sobre el hooliganismo en el fútbol (Dunning y cols., 1988). Sin embargo, mientras en aquel estudio uno de los temas principales tratados fue el deporte y los contextos deportivos en cuanto ámbitos –fueran aprobados socialmente o no– para la generación y reproducción de hábitos, identidades y comportamientos masculinos, en este capítulo estudiaré de forma preliminar no sólo el deporte y la masculinidad, sino también aspectos del deporte y la feminidad. También estudiaré algunas de las relaciones entre la feminidad y la masculinidad, sobre todo expresadas a través del deporte.¹

Esta ampliación de objetivos no representa un desvío repentino al área de las relaciones entre géneros. Tal vez no se haya percibido como tal, pero, como sociólogo figuracional que emplea una perspectiva dinámica de relaciones centrada en el estudio de los procesos sociales en el tiempo, es decir, en el surgimiento, reproducción, desarrollo y destrucción de las redes de interdependencia (configuraciones), la preocupación por las relaciones entre géneros ha sido uno de los objetivos centrales de mi obra desde la década de 1970. Esto lo reconoció Birrell en 1988 cuando escribió:

El artículo de 1973 de Sheard y... Dunning «El club de rugby como un tipo de coto masculino» se ganó el respeto como estudio subcultural, pero al centrarse en los hombres, no fue reconocida su importancia entre las eruditas feministas hasta que se aceptó que el objetivo correcto del campo eran las relaciones entre géneros.

(Birrell, 1988: 481)

Mi obra previa, por tanto, se centró en aspectos de los hábitos y el comportamiento masculinos en contextos cambiantes de relaciones de poder y género. En este capítulo trataré de incorporar a la ecuación más aspectos de la mujer, sobre todo los relacionados con la participación directa de las mujeres en el deporte.

de comunicación y el ámbito oficial, quienes los definieron como «roligans», término danés que se traduce por «hooligans amistosos» (Peitersen y Holm-Kristensen, 1988). Los «roligans» daneses beben mucho, a veces en exceso, pero se sienten orgullosos de su reputación de ser «amistosos» y han desarrollado mecanismos de autocontrol para mantenerlo.

El estudio de Giulianotti (1991) pone de manifiesto que algo parecido sucede con los fans escoceses en el extranjero, aunque no en el ámbito doméstico. Los fans escoceses que acompañan a su selección en el extranjero, según demuestra Giulianotti, están orgullosos de su reputación de ser vociferantes, grandes bebedores y pacíficos, sobre todo por el contraste con la imagen de los hooligans ingleses. A su vez, este carácter bicéfalo de los fans escoceses, es decir, el diferencial de violencia entre su comportamiento dentro del ámbito nacional e internacional, sugiere que una de las condiciones previas para el éxito relativo de la «estrategia roligan» de Dinamarca puede haber sido la pequeñez y relativa unidad de la sociedad danesa, es decir, la falta de divisiones en su seno capaces de generar variantes de «segmentación ordenada» como las aproximadas en las divisiones de Escocia, en especial en Glasgow, entre protestantes y católicos, y en Gran Bretaña entre escoceses e ingleses. Vale la pena realizar un estudio sistemático de estas diferencias. El contraste entre Irlanda del Norte, donde se dan casos de hooliganismo de base sectaria, y la República de Irlanda, donde las peleas entre fans se dan más en el fútbol, el rugby y los juegos gaélicos, también merece una investigación más profunda.

Ya he puesto de manifiesto que el estudio de Leicester sugiere que una mayoría, si no todos, los hooligans ingleses pertenecen a la clase trabajadora. Los estudios realizados en Escocia, Bélgica, Holanda e Italia apuntan en la misma dirección. Más en concreto, un estudio sobre los eventuales del fútbol llegó a la conclusión de que

todos los datos apuntan a que los «eventuales del fútbol» proceden sobre todo de los estratos más bajos de la escala social y son básicamente jóvenes obreros. (En la encuesta de Edinburgo, el 75% de los «eventuales» arrestados se clasificaron como «parados» u «obrerros no cualificados». Ninguno entró en la categoría de profesionales o administrativos.)

(Harper, 1989-1990)

De forma similar, un estudio sobre el hooliganismo en Leuven llegó a la conclusión de que «la mayoría de los miembros del “núcleo duro” de los hooligans [belgas]... había tenido una experiencia laboral frustrante. La mayoría... procedía de familias obreras inestables. Casi ninguno... poseía un trabajo estable... Su situación económica era baja, los eventuales se agencian esa ropa cara robándola» (Van Limbergen y cols., 1987: 8).

su origen en la rivalidad entre Eton y Rugby durante la década de 1840 y se perpetuó a nivel nacional, lo cual llevó a la formación de dos órganos legislativos diferenciados: la Football Association (FA) en 1863 y la Rugby Football Union (RFU) en 1871. Aquí sólo nos concierne la formación de la FA. En relación con este hecho hay dos procesos parcialmente autónomos que tienen importancia: la formación de los primeros clubes independientes y el aumento de la importancia del *football* como actividad de ocio en Oxford y Cambridge.

El primer registro fiable de un club de fútbol en Inglaterra se localiza en Sheffield, condado de Yorkshire, donde hay constancia escrita de que se jugaron partidos ocasionales en fecha tan temprana como 1855 y donde el Sheffield FC emprendió la elaboración de unas reglas en 1857 (Young, 1968: 76-78). Hay otro club registrado en el suburbio de Hallam en Sheffield el mismo año y, antes de 1862, había 15 clubes en el distrito. Las reglas quinta y octava formuladas por el Comité de Sheffield en 1857 demuestran que el fútbol de Sheffield se basaba en uno o más de los juegos embrionarios del fútbol moderno. Las reglas eran:

5. *Está permitido empujar con las manos, pero no dar golpes ni poner la zancadilla bajo ninguna circunstancia.*
8. *La pelota puede empujarse o golpearse con la mano, pero no se permite cogerla excepto en el caso de una falta directa.*

(Young, 1968: 77)

Sin embargo, los datos existentes sugieren que los clubes más antiguos se fundaron en el sur de Inglaterra, sobre todo en torno a Londres. Por ejemplo, el Forest FC, club que jugaba en Snaresbrook, condado de Essex, lo fundó en 1859 un grupo de antiguos alumnos de Harrow, entre los cuales destacaba C.W. y J. F Alcock, hijos de un juez de paz de Sunderland, que en poco tiempo iban a ocupar un puesto importante en la formación de la FA. Forest cambió su nombre por Wanderers en 1864, pero mantuvo su relación con Harrow. Otro club relacionado con Harrow fue el N.N. Kilburn, pero sigue sin saberse la fecha de su fundación. Entre otros clubes cuya existencia es segura antes de 1863 se incluyen Blackheath (1858), Richmond (1959) y Harlequins (1859), todos los cuales practicaban variantes de rugby. También se fundaron por aquellos años los siguientes clubes de fútbol embrionario: Crystal Palace (1860), Notts County (1862) y Barnes (1862).

La importancia de las Universidades de Oxford y Cambridge para el desarrollo del fútbol se basa sobre todo en que fue en estas instituciones donde los varones adultos de las clases media y alta empezaron por vez primera a practicar con regularidad las nuevas formas de *football*. Estas formas empezaron a

- Genovese, E. (1969) *The World the Slaveholders Made*, Londres: Allen Lane.
- Genovese, E. (1974) *Roll Jordan Roll: The World the Slaves Made*, Nueva York: Pantheon.
- Gerth, H. H. y Mills, C. W. (1946) *From Max Weber*, Nueva York: Oxford University Press.
- Giddens, A. (1984) *The Constitution of Society*, Cambridge: Polity.
- Giddens, A. (1985) *The Nation-State and Violence*, Oxford: Polity.
- Giulianotti, R. (1991) 'Scotland's Tartan Army in Italy: The Case for the Carnavalesque', *Sociological Review* 39(3): 503-530.
- Giulianotti, R. y Williams, J. (eds) (1994) *Game Without Frontiers: Football, Identity and Modernity*, Aldershot: Arena.
- Giulianotti, R., Bonney, N. y Hepworth, M. (eds) (1994) *Football, Violence and Social Identity*, Londres: Routledge.
- Glanville, B. (1969) *Soccer – A Panorama*, Londres: Eyre y Spottiswoode.
- Glanville, B. (1980) *The History of the World Cup*, Londres: Faber y Faber.
- Goffman, E. (1959) *Asylums*, Nueva York: Doubleday Anchor.
- Golesworthy, M. (1960) *Encyclopedia of Boxing*, Londres: Robert Hale.
- Goodger, J. M. (1985) 'Collective Representations and the Sacred in Sport', *International Review for the Sociology of Sport* 20(3): 179-188.
- Goodger, J. M. y Goodger, B. C. (1989) 'Excitement and Representation: Toward a Sociological Explanation of the Significance of Sport in Modern Society', *Quest* 41(3): 257-272.
- Goodhart, P. y Chataway, C. (1968) *War Without Weapons*, Londres: W. H. Allen.
- Goudsblom, J. (1977) *Sociology in the Balance*, Oxford: Blackwell.
- Green, G. (1953) *The History of the Football Association*, Londres: Naldrett.
- Greenberg, P. S. (1977) 'Wild in the Stands', *New Times* 9(10): 25-27.
- Gruneau, R. y Whitson, D. (1993) *Hockey Night in Canada: Sport, Identities and Cultural Politics*, Toronto: Garamond Press.
- Gurr, T. R. (1989) *Violence in America: The History of Crime*, Londres: Sage.
- Guttman, A. (1978) *From Ritual to Record*, Nueva York: Columbia University Press.
- Guttman, A. (1986) *Sports Spectators*, Nueva York: Columbia University Press.
- Guttman, A. (1992) 'Chariot Races, Tournaments and the Civilizing Process', en E. Dunning y C. Rojek (eds) *Sport and Leisure in the Civilizing Process: Critique and Counter-Critique*, Londres: Macmillan, págs. 137-160.
- Hahn, E. et al. (1988) *Fanverhalten, Massenmedien und Gewalt im Sport*, Schorndorf: Karl Hoffman.
- Haley, A. (1976) *Roots*, Londres: Vintage.
- Hall, S. y Jacques, M. (eds) (1990) *New Times*, Londres: Lawrence y Wishart.
- Hargreaves, Jennifer (1992) 'Sex, Gender and the Body in Sport: Has There Been a Civilizing Process?', en E. Dunning y C. Rojek (eds) *Sport and Leisure in the Civilizing Process: Critique and Counter-Critique*, Londres: Macmillan, y Toronto: University of Toronto Press.
- Hargreaves, Jennifer (1994) *Sporting Females: Critical Issues in the History and Sociology of Women's Sports*, Londres: Routledge.
- Hargreaves, John (1982) 'Sport and Hegemony: Some Theoretical Problems', en H.